

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó en Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—*La Feria de Navidad*, por D. Francisco Flores Arenas. — *Al ejército español de Africa*, Octavas, por D. Francisco Flores Arenas. — *Paralelismo*, cuento, por D. B. del Barco, conclusion. — *Poesía*, por D. L. de I. — *Revista parisiense*, por El Noveler. — *El rábano por las hojas*, cuento por D. V. Martinez Muller. — *Geroglífico*.

LA FERIA DE NAVIDAD.

La Pascua es una de las pocas épocas en que suele romperse la habitual monotonía de la vida de Cádiz. Sin embargo, no puede llamarse una verdadera novedad. La Pascua siempre se presenta con idénticas circunstancias, de modo que bien mirado la diferencia está en sustituir á lo que se hace todos los días, lo que se hace todos los años. El período es algo mas largo y eso es todo.

Su primer carácter distintivo consiste en la feria, y por ella principiaremos.

La feria se reduce á cosa de una docena de puestos de juguetes, á seis ú ocho buñolerías, á tal cual mesa de turrón cobijada á veces por un cobertizo adornado con papel en otro tiempo dorado, á un espectáculo de juegos de sortija y cunas volantes intermediado de bombo y clarinete para ayudar al mareo de los que giran y de los que vuelan, á una casilla en que se enseña el modelo de las casas capitulares de Cádiz y por contera un nacimiento de figuras movibles, á algunas barracas donde se hacen juegos de manos y chillan polichinelas, á un par de sucursales de la Tía Norica que tiene su casa solariega en la calle de la Compañía, y finalmente á tal cual espuerta de bellotas de la Sierra que hacen pasar á los chicos amarguras si no las comen y mas amarguras aun si las llegan á comer. Capitalizando el valor de todas estas cosas juntas no entendemos que á nadie pudieran sacarlo de pobre; y sin embargo, esto basta para que coman no pocas familias algunos días; lo cual entra en el número de los maravillosos secretos que ofrece la circulacion del metálico.

DICIEMBRE.

Debemos aquí hacer mencion de una mejora que han experimentado en este año los puestos de juguetes y las buñolerías. A estas y á aquellos háseles dado una decoracion uniforme y puéstoseles por remate unas banderolas. Algo es ya, y como siempre es menester empezar por algo, bien es se espere mas para otra vez, Dios mediante.

En lo que nada se ha cambiado es en la mercancía. Los mismos Herodes y los mismos palacios con las mismas cortinas encarnadas, la propia ciudad de Belen con sus murallas, sus cañones y sus campanarios, el sofá de trompeta, el ventero con su gorro y su candil de fórmula, los reyes magos con sus camellos, los ómnibus de Chiclana y la muñeca de trapo con el sombrero á la Pamela.

Nosotros esperábamos que así como en otro tiempo nos sacaron allí á danzar al Tío Caniyitas, á la Lagartija y al inglés, este año hubiéramos visto allí algun grupo episódico de la guerra de Africa, lo cual habria alcanzado cuando menos tanta popularidad é interés como los boletines que los ciegos venden por esas calles en tan prodigioso número; pero nada: paz con Marruecos. Bien dicen que las artes se avienen mal con la guerra. La escultura ha enmudecido en la feria ante esta nueva inspiracion, contentándose con reproducir, como antes, escenas agradables y hasta tiernas si se quiere: verbigracia, la muerte del cerdo con su cortejo de morcillas y chicharrones, el pavo real haciendo la rueda, y la vieja hilando el copo mientras su gato caza ratones.

Otra indispensable novedad hemos tenido este año, si nó en la esencia misma de la feria, al menos en su colocacion. Hanse en efecto trasladado los ya dichos puestos á la plazuela de los Descalzos y al inmediato callejon por el que se comunica con el mercado, y esto ha sido efecto, al parecer, de que la nueva calle donde hace años aquellos se situaban se encuentra accidentalmente obstruida por el derribo de una casa; obra importante y que honra á nuestro municipio, porque aquel derribo tiene por objeto el poner en comunicacion directa la plaza de La Libertad con la calle del Hospital de mugeres, haciendo desaparecer además la fea y lóbrega rincónada que presentaba la terminacion de la cuesta de la Tenería en la espresada calle.

Hemos oido decir, sin salir garantes por nuestra parte del hecho, que hubo conatos de poner la fe-

ria en otro sitio atendidas las dificultades del momento que se acaban de enumerar; puesto que ya se comprende que allí falta espacio, y que además no forma un todo homogéneo, hallándose sus distintas partes separadas entre sí. Parece que se pensó en la plaza del Hospital, ó sea de San Fernando, donde ya estuvo alguna vez; pero no sabemos si por el recuerdo del frío de otros años ó por presentimiento del que en este les esperaba, ello es que los feriantes se negaron rotundamente á arrostrar el gris que allí se recibe con frecuencia de primera mano, y no tanto acaso por ellos, sino por los pocos que allí entonces concurrirían y por los muchos que dejarían de concurrir. Una triste experiencia no dejaba duda de la razón en que fundaban su negativa, y fué por tanto prudente y justo el no insistir en aquel propósito. Entonces diz que se pensó en llevar la feria á la plaza de Mina, hoy privada de su esplendor veraniego, y que ofrecía por su situación y capacidad grandes ventajas á los que iban á comprar ó á vender; pero cómo era eso posible aquí donde nuestro atildamiento no nos permite solazarnos nunca sino con toda ceremonia, circunspección y gravedad? ¡La plaza de Mina! ¡Esa especie de *Sancta Sanctorum* consagrada á los trombones de la música del Hospicio y á los bancos de la beneficencia durante la época de esplendor de aquel paseo! Semejante profanación no podía tolerarse por los que tanto murmuraron cuando se alzó allí por pocos días el teatro mecánico. La peste del aceite de las buñolerías, el pitido de las trompetillas, eran dos cosas incompatibles con los altos fueros de la localidad, y susurrábase que en el vecindario se alzó un grito de horror que llegando hasta la sala del municipio hizo desistir de la idea á los que la concibieron. El aceite y los pitos fueron á la plaza de los Descalzos, cuyos vecinos ó no tenían ni narices ni oídos, ó no se les reconoció el derecho á quejarse de la peste y de la pitadura, ó ellos no quisieron alegarlo, convencidos de que no es lo mismo la plazuela de los Descalzos, allí á dos dedos de las coles y de las berengenas, que la culta plaza de Mina, que ya ha purificado su hortelano origen á fuerza de danzas habaneras y de piadas de amorosos pollos.

Ahora no estrañamos que quedase en dicho lo de colocar este pasado verano una feria en el paseo de las Delicias. ¡Qué no hubieran tenido que murmurar entonces! Aquí todo el mundo desea que se haga algo nuevo; pero todo el mundo critica lo que se piensa hacer, solo porque es preciso que sea diferente de lo que había. Pocos se toman el trabajo de formular un pensamiento; pero los mas se reservan el derecho de que el tal pensamiento les parezca mal. Así nunca se hace nada.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

AL EJERCITO ESPAÑOL DE AFRICA.

Octavas leídas en el teatro del Balon la noche de la funcion destinada al propio objeto.

No los oís? salvages alaridos
 Repite el monte allá de peña en peña,
 Cual del lobo repite los ahullidos
 En la espesura de enriscada breña.
 Buitres son que en bandadas de sus nidos
 Contra el águila van que los desdeña;
 Moros son los que oís, que en loca saña
 Insultar osan al leon de España.

Empero del alarbe al vocerío
 Solo el cañon con su tronar responde,
 La sangre corre en abundoso rio,
 La muerte en pechos mil su acero esconde.
 ¿Qué se hizo de su ardor? qué de su brio?
 ¿Dó su jactancia fué, su orgullo dónde?
 Cayeron bajo el plomo y la cuchilla
 De los heróicos hijos de Castilla.

Y siempre así será. Nuevo escarmiento
 Al bárbaro dareis, si tanto osa,
 Pagando con la vida el vano intento
 En cambio á vuestra sangre generosa.
 Sus cuerpos hacinados ciento á ciento
 El pedestal vá á ser donde gloriosa,
 Mal que le pese á la ambicion artera,
 Tremolareis de España la bandera.

"A luchar, á vencer," Pelayo os grita
 Allá del seno de su ilustre tumba.
 A la lid: la de Agar raza maldita
 Vé do quier que su imperio se derrumba.
 Santa empresa á lidiar hoy os incita:
 Gloria al que triunfe, gloria al que sucumba,
 Que para ejemplo de héroes y de fieles
 Los sepulcros tambien tienen laureles.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

PARALELISMO.

CUENTO.

(CONCLUSION).

Como todo se divulga en las aldeas, Nicasio adquirió desde entonces esa importancia enorme que dá á los ojos de los aldeanos la posesion de un gran

tesoro, de manera que las gentes se compadecían de María y envidiaban á Rosa, porque Nicasio no se acercaba jamás á la primera y pasaba los días enteros en casa de la segunda.

Cuando Rosa y Gonzalo se iban al campo, Nicasio y Antonia se buscaban, y conversaban largamente.

*Rosa también solía ir alguna vez sola ó con su madre á visitar al viejo ricachón, quien le dirigía *paternalmente* la palabra, diciendo que se compadecía de que estuviera subyugada y dominada por su marido.

—«La muger, repetía sin cesar el péfido consejero, no debe ser esclava del hombre.» Rosa se escusaba de practicar estos consejos, temiendo hacer á su marido desgraciado, esponerle á graves disgustos, y comprometer para siempre la paz y felicidad de su vida.

—Pobre niña, repetía Nicasio al oír estas disculpas: ¿no conocéis que cuanto más obedece la muger á su marido, tanto más imperioso se hace un déspota? Vamos, añadía: un poco de carácter y de dignidad, si queréis ser dichosa.

Poco á poco en fuerza de discursos, Rosa creyó que era una esclava de su marido, y que pasaba á los ojos del mundo por una víctima desgraciada, inocente y perseguida.

Gonzalo no oyendo al entrar en su casa más que teorías extravagantes, se fastidiaba y comenzó poco á poco á desertarse. Luego, ya iba solo á dormir, como si fuera un huésped, y no un padre de familia.

Rosa por fin, se entregó á Nicasio, quien continuó sus perversas lecciones.

IV.

La familia de Juana era feliz. Todas las mañanas y todas las tardes madre é hijos hacían sus oraciones en común. Después departían amigablemente, y antes de acostarse se abrazaban, durmiéndose muy tranquilamente, persuadidos de que con lo que tenían eran ricos.

Cuando los novios regresaban á casa de sus faenas, encontraban en el umbral de la puerta á la anciana madre, quien les recibía con inesplicable ternura. Juana solo buscaba la felicidad de los demás y labraba la suya. María y Andrés la mostraban su afecto, y cuanto más se amaban, tanto más amaban á su madre; mientras que Antonia separando á su hija de su marido, la había apartado también, sin conocerlo, de su propio seno.

Un domingo del mes de Julio en que María y Andrés iban á la iglesia, encontraron á Rosa que marchaba con dirección opuesta.

María conservaba sus vestidos de aldeana de los barrios. Rosa, por el contrario, había adoptado el de las artesanas de la ciudad.

Esta deteniendo á su prima por el brazo, la dijo con aire melancólico:

—Tengo que hablarte.

—Cuando quieras, contestó María; aun no han

tocado á misa, y mientras hablamos, Andrés dará un paseo por el atrio.

—Mira, dijo Rosa con voz baja: Nicasio tiene un secreto. Nos puede dar todo el dinero que queramos. Marcho á París con mi madre llevando á Nicasio por nuestro mayordomo. En llegando á Francia seremos libres y ricos, muy ricos.... ¿lo oyes?

—Y Gonzalo? respondió María.

—Gonzalo se porta mal, dijo Rosa. Ya no le debo nada.

—Desgraciada! exclamó María levantándose. ¿Cómo piensas pagar tú á Nicasio lo que te dé para costear el viaje?

—No me entiendes? Te digo que posee un secreto en su casa, en una caja que le descubrí el día de mi casamiento, y....

—Y qué? dijo María temblando sin saber por qué.

—Todas las monedas de plata que se meten en ella, se cambian en piezas de oro. Adios! pronto partiremos. Adios!

María clavó sus ojos en Rosa, gritando toda conmovida:

—En nombre del cielo renuncia á esos sueños y quédate.

Rosa soltó las manos que le tenía estrechadas María y se marchó sin contestar.

Dos días después Rosa, Antonia y Nicasio no parecieron por el barrio.

Gonzalo cayó en una desesperación próxima á la locura, porque á pesar de todos los desaires amaba de corazón á su mujer.

Andrés fué á buscarle y se lo llevó á su casa, sumergido en una especie de estupidez que solo le dejaba cantar de vez en cuando y en voz baja, monótonas endechas.

V.

Juana, María y Andrés eran dichosos, se querían y cultivaban su tierra.

Solo el trabajo del campo proporciona al hombre las verdaderas riquezas, riquezas floridas, perfumadas, vivas, espléndidas, abundantes, sin las que los tesoros del mundo entero pierden su valor.

María interrumpiendo algunos momentos sus tareas, se apoyaba sobre la azada y decía á su marido:

—Somos felices Andrés. Nosotros nos amamos, trabajamos porque es ley de Dios. Tenemos un pedazo de esta pobre tierra en que vivimos y la hemos confiado nuestro grano. Podemos volvernos tranquilos á nuestra casa porque dentro de poco se hallará cubierta de doradas espigas. Mas tarde nuestros árboles doblarán también sus ramas bajo el peso de los frutos. No tendremos más que alargar la mano y coger lo que Dios nos ofrece, como en ese país de los cuentos de hadas en donde con solo bajarse se encuentran por el suelo perlas y rubíes. Me parece que en cambio nosotros debemos algo á Dios. Cuando entro en la iglesia, cuando me dirijo á él siento en mi corazón una alegría pro-

funda. El nos habla sin cesar: nos colma de bienes. ¿Con qué podremos pagarle tantos beneficios?

—Mira, dijo Andrés, señalando hacia un pobre que se dirigía adonde estaban, pidiéndole limosna: he aquí la respuesta.

María salió á su encuentro sin detenerse:

—Venid. Desde hoy cenareis con nosotros todas las noches.

A la media hora, el pobre se sentaba con los demás á la chimenea, comiendo su sopa y su pan.

Este mendigo tocaba la flauta y acompañaba á Gonzalo todas las noches cuando cantaba sus endechas.

VI.

Una tarde María, Juana, Andrés, el mendigo y Gonzalo, se hallaban reunidos en la cabaña.

Sentada sobre un banco de madera, Juana dormía: Gonzalo murmuraba su canción, Andrés tejía cesta: María cantaba en voz baja, y el anciano, único que había llegado á ser su amigo, recordaba la historia de Rosa y Antonia.

El viento soplabá con violencia.

De repente se oye un grito, uno solo; pero desgarrador y terrible.

Gonzalo recordando su pérdida agilidad, salta hasta la puerta de un solo brinco, gritando «Rosa,» y desapareció por el campo.

Todos echaron á correr en la dirección que parecía haber tomado; pero al cabo de algunas horas volvieron sin encontrarle.

Comunicándose estaban los unos á los otros sus temores, cuando distinguieron un grupo de aldeanos que marchaba á través de la campiña, llevando una parihuelas.

Los aldeanos se aproximaron á la cabaña, depositaron la camilla en medio de la cocina y luego la descubrieron con mucha cautela.

Vióse entonces en ella á Gonzalo y Rosa, desmayados el uno junto al otro.

Los habían encontrado así en la falda del monte de la municipalidad.

Rosa estaba vestida de terciopelo y armiños; Gonzalo llevaba su blusa de bombasí.

A los pocos momentos fué preciso llamar al médico á toda prisa. A beneficio de los medicamentos, Rosa y Gonzalo abrieron los ojos sucesivamente, pero los de aquella volvieron á cerrarse al momento.

Mientras recobró el sentido, se negó obstinadamente á quitarse sus galas, á pesar de las órdenes del doctor, riéndose con risa sardónica.

Había perdido la razón.

Gonzalo la miraba con desconsuelo. La perdía por segunda vez, quizá para siempre.

El infeliz monomaniaco quedó como anonadado, hasta el punto de olvidar su cantinela favorita.

El músico consternado por la desgracia de sus amigos, condenó al silencio á su rústica flauta.

Un silencio sepulcral reinaba en toda la casa.

Una tarde Andrés dijo á su esposa:

—La alegría ha abandonado nuestra morada. Es necesario que vuelva á ella.

Todos están tristes. Canta uno de nuestros antiguos aires: Pedro (este era el nombre del músico) te acompañará. De seguro encontrará sonido en su enmudecida flauta, si tú lo mandas.

Dos gruesas lágrimas rodaron por la mejilla de su esposa.

¡Hacia tanto tiempo que nadie había cantado en la casa!

Juana la animó con una mirada, y María cantó dulcemente, con voz comprimida y temblorosa las endechas de Gonzalo.

Este levantó la cabeza al cabo de un instante animándose sus ojos con un brillo extraño.

Rosa temblaba, y su palidez era indefinible.

El viejo Pedro, tomó su flauta y acompañó á María.

Esta, sin darse cuenta de nada, sintió que la pasaba algo.

Su voz fué elevándose, y llegó á hacerse estremecedora.

Pedro había echado hacia atrás sus blancos cabellos y elevado su estatura.

De repente, se levantó Gonzalo, corrió hacia un viejo cofre, única riqueza que había conservado y le abrió, sacando del fondo un adorno de encaje amarillo ajado, del que pendían aun algunos botones de flor de naranjo.

Sus miembros temblaban, y sus rodillas se doblaron.

Rosa corrió hacia él, le echó los brazos al cuello, y gritó con todas sus fuerzas.

—Juana, Andrés, Gonzalo. ¡Me he salvado!

—¿Llora? dijo María: no está ya loca.

Rosa despojándose precipitadamente de los harapos de armiño y terciopelo que aun la cubrían, sacó del cofre los vestidos de recien casada, descolgó del crucifijo que estaba en la alcoba, una corona de naranjo, y se puso la cofia amarilla de su boda, que Gonzalo cubría de besos.

Luego encontraron en el trage cortesano de Rosa, una carta concebida en estos términos:

«La caja que tú sabes se ha perdido. Nicasio, tú y yo iremos mañana al anochecer al monte donde se fabricó. Sé puntual á la cita, hija mia.»

«Antonia.»

En el monte aparecieron al día siguiente dos cadáveres, mutilados.

Los habitantes del país creyeron reconocer en ellos los restos mortales de Antonia y Nicasio.

Unos ladrones creyendo apoderarse del mentado tesoro del viejo, los habían asesinado, según descubrió luego la justicia.

BRUNO DEL BARCO.

POESIA.

Un amigo nuestro, persona muy entendida, ha dedicado al autor de la *Cancion á una Pintura de la Concepcion de Murillo*, inserta en el número anterior, esta excelente décima.

Si en el cielo, á que has llevado
A Murillo, haber pudiera
Orgullo que enloqueciera
A algun bienaventurado,
Al verse por tí pintado
El gran pintor de María
Con tal gala y lozanía,
Con versos tan melodiosos,
Y conceptos tan grandiosos,
De orgullo enloquecería.

L. DE I.

REVISTA PARISIENSE.

Paris 18 de Diciembre de 1859.

Voy entrando en mi centro de gravedad ó mejor dicho de movimiento. No hay mentidero en los boulevards ni en la barrera de San Martin que no haya visitado.

Hace seis dias que parezco un galgo. Todo se me vuelve olfatear y perseguir *causeries*. Ninguna pieza me ha parecido digna de mi cacería hasta que hube de tropezar con la gran novedad que absorbía todo el interés de los artistas y toda la curiosidad del bello sexo. Hablo de la gran princesa rusa cuyo talento y corazon están hoy en plena evidencia.

La gran duquesa María pasa la vida dividiendo sus horas entre las diversiones, los establecimientos de beneficencia, los de utilidad pública y los elegantes mostradores de los boulevards, donde lleva invertidos algunos millones de francos. Acompañada de MM. Niewewkerke, Villot y Viel-Castel, ha recorrido tambien todos los museos, mostrando que con justicia tiene en su pais la presidencia de la escuela de Bellas Artes. Su delicada mano maneja con facilidad el pincel; pero no ha sido en esta capital donde por primera vez ha manifestado su afición á la pintura.

En Niza pagó por un lienzo doble precio del que su autor pedia, acogiéndole bajo su proteccion.

No se desdeña de presentarse á la cabecera de los enfermos en los hospitales, ni de aliviar con sus limosnas personalmente las necesidades de los

mendigos de los barrios de la *Ville*, que no sería bastante á extinguir la fabulosa fortuna de la princesa rusa. Del hospital al teatro.

La he visto aplaudir á la Borgi-Manu en el *Barbero de Sevilla*; á la Ferrari en la ópera durante la pieza *Les Elfes*; á la Rosa Cheri en el Gimnasio llorando por la *Marie*; y á la Ancelot y Melingné en el ambigú-cómico haciendo *Los siete castillos del diablo*.

Creo que tampoco hubiera faltado á la apertura del teatro de M. Bocage, cuyos asientos están siempre ocupados por los amantes de la literatura, á no haber salido para Niza, apenas recibió la noticia de hallarse en peligro la vida de la emperatriz viuda, de Rusia.

A rey muerto, rey puesto: hablemos ahora de propia cuenta. El antiguo teatro de San Marcelo se inauguró con *L'Amour*, drama de Niboyet, dividido en siete partes, con música y coros, parecido al *d'Egmont de Fauet*. La partitura está escrita espresamente por Lacombe, famoso sinfonista. Los coros compuestos de los discípulos del Conservatorio, y la orquesta formada por los músicos mas notables, estaban dirigidos por M. Konineck, joven belga de porvenir. Se espera mucho de un actor novel discípulo de Regnier, que en union de la Brunoy, su maestro de declamacion M. Bienvallat desempeñará uno de los primeros papeles.

Para inter nos, y contando con la discrecion de nuestras amables lectoras, sepa V. que la Brunoy es una señorita italiana de alto coturno, hija de un personaje célebre. Su irresistible vocacion la ha arrastrado á las tablas.

En el teatro de M. Bocage no hay esos claques atronadores de *alabarderos*, como los llaman los madrileños, que no es poca ganga para los que padecen jaqueca. Como aquí se especula con todo, se han anunciado grandes ventajas para los que tomen billetes. La mayor de todas me parece muy higiénica. M. Bocage, gracias á su amistad con M. Ducoux, proporcionará á todo el que lo desee un carruaje á la salida del teatro con solo avisar antes de concluir la funcion.

Este suplemento confortante no lleva tras sí ningun suplemento *d'argent* al precio ordinario de los coches de plaza.

Con tal y tan abrigadífero proyecto, los aficionados al teatro están asegurados contra las costipaciones y pulmonías, que á falta de un *fiacre* atisban á la puerta de los teatros las noches de lluvia los órganos respiratorios de los espectadores pedestres.

El célebre Roger ha vuelto á la escena con el brazo derecho postizo.

En su beneficio nadie se apercibió de que aquel brazo que tan bien accionaba en la *Reina de Chipre* fuese de madera.

Todos los asistentes á la Grande Opera hubieran jurado que la tal amputacion era una farsa. ¡Llor á la ciencia de Hipócrates y Galeno!

Muy pronto continuarán las representaciones de la Westvali en el *Herculano*. La eminente contralto, cuya estensa voz hizo furor en quince re-

peticiones de *Romeo y Julieta*, siguiendo el consejo formal de los autores Mery y Feliciano David, se ha decidido á desempeñar el papel de Olimpia.

Le père prodigue, drama de corte moderno, tan animado y de tanto movimiento como todas las novelas del autor de la *Dama de las camelias*, ha hecho fortuna aquí y producirá mucho ruido en provincias. La gran duquesa María, el príncipe Napoleon y la princesa Clotilde en medio de lo mas granado de la aristocracia parisiense, aplaudieron este cuadro de la sociedad moderna, salpicada de sales cáusticas y golpes melodramáticos. Estoy viendo ahí la falange de traductores que pluma en ristre esperan el momento de regalar á la Talía española este *Padre pródigo*.

Para que no coja de susto el argumento á nuestras lectoras, conviene se preparen á ver un padre enamorado de su nuera, una carta que pone al hijo de su padre en un brete, un duelo con el marido de ella, y la penitente espacion de un pecador arrepentido. *Voilà tout*.

La munificencia con que se celebraron los dias de San Eugenio en el delicioso paraíso imperial de Compiègne, dejó sorprendido á los convidados.

Después de las solemnidades de costumbre en que se pasó la mañana, se presentaron por la tarde á la mesa ciento seis individuos, manejando otras tantas máquinas de trincar á la perfección.

Terminada la comida pasó la *troupe mangeant* de noble alcurnia al magnífico teatro donde se representó con el mayor éxito *Retratos de la marquesa*, producción de Octavo Fueilleux.

A la tardecita se quemaron variados fuegos artificiales en que se lució todo el efecto mágico de la pirotecnia. La fiesta terminó á las tres de la madrugada, según el horario del reloj que Napoleon regaló por sus talentos musicales al flautista Mac-Alister, con un baile donde las flores de los tocados se ajaban con el hálito de los galantes pipopos.

La concurrencia era excesiva; pero aun lo era mas el lujo de los vestidos y la riqueza de los aderezos cuajados de brillantes, que eclipsaban los resplandores de las luces.

Hubiera llegado muy á tiempo á este sarao el decreto de los *feridjes* que el sultan de Constantinopla acaba de expedir tan mal acogidos por las turcas. En prueba de ello voy á describir el que llevaba nuestra compatriota la Emperatriz, que era el de mas gusto, aunque no el mas sobresaliente por su costo.

Consistía en un adorno sueco de terciopelo de carmin salpicado de estremitas de brillantes, un vestido de doble falda y raso blanco rayado, elegante al par que sencillo, recojido por los costados con grandes lazos de cinta del mismo color, llevado con aquel aire magestuoso y aristocrático que la distingue entre las damas francesas.

La pasión dominante en la corte y en los altos círculos del mundo parisiense es la caza.

A propósito voy á contaros lo que el miércoles

de la semana pasada sucedió á uno de los que concurren á la famosa batida.

Muy de madrugada salió del palacio imperial una comitiva de 18 carruages á la Doumont, tirados por cuatro caballos. En cada coche iban 12 caballeros ó señoras todos muy uniformados á lo Luis XV, aunque sin plumas en los sombreros, cerrando la partida los emperadores, con su habitual traje de caza.

Dispersados nuestros cazadores por el monte, el duque de X... hombre cómodo y muy poltron, no quiso desmontarse del carruaje y se dirigió á dar en pies ajenos un paseo higiénico por los alrededores del cazadero.

Al doblar la encrucijada descubrió una jauría, persiguiendo á un ciervo y detrás un apuesto jinete que corría á rienda suelta. En vano trata de detener á éste en su precipitada carrera un espeso jaral; oprímelo los hijares del corcel con el acicate y salta; pero al lado opuesto habia una zanja. Caballo y caballero fueron rodando buen trecho dando consigo en el suelo, como el famoso Hidalgo de la Mancha.

Hacer parar su carruaje, apearse y correr en su auxilio, fué obra de un instante para nuestro duque. Por desgracia su obesidad hizo traición á sus caritativas intenciones. En vez de sacar del atolladero al desconocido se le deslizó el pié al borde de aquel precipicio en miniatura y cayó á su vez en lo profundo.

La gloria de volverlos á hacer pisar el suelo que nunca debieron haber perdido estaba reservada á los lacayos. Merced á sus robustas piernas y membrudos brazos ambos salieron sanos y salvos del mal paso.

M. X... siempre atento no quiso abandonar á su compañero de catástrofe y le ofreció un asiento en el coche.

Este que tan solo deseaba continuar mas de prisa que antes su camino, lo rehusó cortesmente pero X... no lo comprendió, y creyéndolo un exceso de ceremonia política insistió en su pretension. El cazador seguía escusándose. En estas disputas, llegaron.... como dijo Iriarte en la fábula de Los Conejos, otros dos caballeros á galope tendido con dirección de la jauría y del ciervo y atraparon el ciervo.

—Quereis darme vuestra tarjeta? dijo el desconocido á M. X...

—Con mucho gusto; contestó este, sacándola de su cartera.

Si M. X... hubiera visto un poco mas de lo que le permitia el deseo de reclutar un compañero de carruaje, hubiera notado el aire de mal agüero con que el cazador se despidió, diciendo entre dientes "oíreis hablar de mí."

A los dos dias M. X... se queda estupefacto al ver que le citaba á juicio por haberle hecho perder una apuesta considerable.

M. H... el jinete á quien X... habia querido cortesmente socorrer y llevar en su coche era el demandante. El filántropo fué condenado á pagar

20.000 francos por via de indemnizacion, importe de la apuesta.

Creo que M. X... se mirará mucho en lo sucesivo antes de meterse á desfacedor de entuertos, levantando cazadores caidos.

No es esta la única obra de caridad que se ha practicado en Compiègne. Cuéntase que habiendo observado el emperador que lady Cowley no llevaba en su blanquísima y torneada mano el anillo nupcial á causa de la precipitacion con que se desposó con el célebre diplomático, vistió el dedo desnudo con un anillo de tres gruesos brillantes. Los politicones que no pierden ripio, aseguran que el tal anillo es símbolo de la alianza anglo-francesa, no prenda de pura galantería imperial.

Dejemos á las Minervas eclipsar á los sátiros de casaca en Compiègne, y demos una vuelta por Paris cogidos del brazo de Apeles que aunque barbudo es de menos peligroso trato.

El conocido pintor M. Chaplin que posee una de las mas frescas y brillantes paletas contemporáneas ha recibido el encargo de pintar seis lienzos en uno de los salones de la emperatriz. Cada uno representará la personificación alegórica de una flor.

Esta idea, aunque rejuvenecida, tiene sus puntos de contacto con las flores animadas de Grandville.

El decorado de la pieza al gusto de Luis XVI se ha confiado á la inteligencia y habilidad de M. Lefuel arquitecto de los palacios imperiales.

Bien merecia tal distincion el talento de M. Chaplin que en la última esposicion recogió rosas pero no sin espinas, pues no debe tener aun bien cicatrizados los rasguños que le hizo el jurado.

Ya que trato de pintores no quiero pasar en silencio el famoso regalo que Berlin ha hecho al Príncipe Federico Guillermo, casado con una hija de la reina Victoria. Consiste en un salon de pinturas, cuya cúpula contiene 16 cuadros del célebre Kloeber, representando alegorías de las obras de Humboldt, Schliermacher, Mendelsohn, Borig, Beuth Schinkel y Rauch. Hay tambien tres lienzos históricos, pintado uno por Schrader que representa el desembarque del rey Federico Guillermo III en Inglaterra, y su recibimiento por el príncipe regente; el encuentro de Blancher y Wellington en la batalla de Waterloo, por Menzel; el bautismo del príncipe de Gales por Eybel, el castillo de Babelsberg, por Graeae y el paisaje ejecutado por Schirmer, del castillo de Windsor.

Cuentan las crónicas de los *rauts* que hace de las suyas la retozona Italia entre los famélicos alemanes.

En Berlin están muy á la orden las comedias caseras. Ha llamado la atencion la *soirée* dramática celebrada en casa del baron Budberg ministro de Rusia á presencia de los príncipes de Hessé-Darmstadt.

No sabemos cual era mas distinguida, si la concurrencia, ó los que brillaban en la escena. Entre estos se cuentan el marqués de Virien, secretario de la legacion francesa, y el conde Chabons que

desempeñaron el vaudeville *Passé minuit*, lindísimo *quid pro quo* de *sprit* verdaderamente francés.

La segunda pieza, un *caprice*, ejecutada por la señora de Virien, el baron de Blochansens y Mme. Peterson es de prueba; si bien es cierto que no hay salon en que no se haya ensayado.

Es el *D. Juan* ó el *Puñal del Godo* de nuestro Zorrilla. Bressant y Mlle. Brohan pueden decir á que altura raya el *Capricho* de Alfredo Musset en la escala cómica.

Nada diremos de *Embrasson nous Folleville* en que tomaron parte la condesa Luchesini y el vizconde de Talleney, produccion que trae á la memoria los recuerdos imperecederos del gran cómico Saint-ville.

Llevaron los aplausos de la reunion muy especialmente la marquesa de Virien entre las damas y entre los actores, el conde Chabons, que la caricaturó admirablemente al grotesco Marsellés.

Terminó la velada con una opípara cena que duró hasta las tres.

Los entremeses de la conversacion versaron sobre el viaje de los reyes de Prusia á la isla de Wight para mejorar de salud y sobre el célebre violinista Viextemps, que tendrá el honor de manejar su armonioso arco en los suntuosos salones del príncipe Radzioill.

A los artistas les ha llegado en Europa, su cuarto de hora. Viven mimados por todas las eminencias, incluso el poderoso caballero *D. Dinero*.

Mlle. Lagrua, el ídolo de S. Petersburgo ha ganado la última vez que cantó el *Otello* con Tamberlick 16.000 francos. Ambos cantantes fueron llamados cinco veces á la escena al fin del segundo acto, y mas de doce al terminar la funcion.

La gran duquesa Elena la dió una prueba de la estima en que la tiene toda la nobleza rusa, admitiéndola en el teatro particular de su real cámara, al lado de las damas de honor.

Hasta el presente solo Mme. Viardot y la hija de Lablanche habian gozado de semejante privilegio.

Mucho tendria que decirnos del espléndido banquete con que celebró los dias de S. M. la reina de España nuestro embajador en esta corte; pero creo suficientemente informadas á mis lectoras tanto de la suntuosidad del convite, como de la clase de convidados que á él asistieron, como de los brindis políticos que se cruzaron sobre la chispeante espuma del Champagne. Lo que acaso ignoran es que allí se habló cual de cosa corriente del enlace de la señorita de Villamarina, hija del embajador Sardo con el conde de San Andrés. Nuestro representante se condujo como un caballero español de tiempo de Felipe IV.

Aunque no dispongo de la aligera máquina últimamente inventada por Mr. Wart, he resuelto hacer por breves instantes á Grecia un viaje... de memoria.

La presencia del príncipe Alfredo, hijo segundo de la reina de Inglaterra, es una chispa magnética que ha sacudido la languidez en que vegetaba la sociedad ateniense.

